

decir, no hace falta que transcurra tanto tiempo como el que nos separa del Quijote: con pocas generaciones basta; lo que dice el nieto y no entiende el abuelo, o viceversa. La palabra es la misma pero ha habido un Belarmino indeterminado que ha cambiado su concepto, que lo ha reformado o lo ha sustituido; que ha hecho en suma que la palabra significa ahora lo que no significaba antes³ (...) Belarmino hacía con las palabra algo más que cambiarles el concepto; Berlarmino las juntaba unas a otras buscando significados más precisos, toda la precisión que puede alcanzarse sometiendo unas palabras a otras, pero no al buen tum tum, sino de acuerdo con ciertas precisiones que rigen el contacto de las palabras unas con otras, es decir la Gramática. Una palabra sola no quiere decir nada: sus muchos significados, caso de que los tenga, se destruyen los unos a los otros, y la palabra viene a quedar así solitaria, mero conjunto de sonidos que lleva a cuestas una alforja. La palabra, mero conjunto de sonidos, y el saco de sus significados, forman eso que los técnicos llaman una “entrada”».

Torrente Ballester habla de todo ese universo de palabras contenidas en un diccionario en el que están las vivas porque las muertas piden otra relación. Es posible que María Moliner además de lexicógrafa tuviera mucho de poeta y novelista. Su amor y cuidado por las palabras y por descubrir su vida en el seno de la sociedad parecen confirmarlo.

María Moliner, una pionera

La trayectoria de la vida de María Moliner, nacida en un pueblo de Aragón en 1900 y muerta en Madrid en 1981, es un claro ejemplo de mujer criada y crecida en un ambiente donde la libertad se entiende como búsqueda de la verdad, la igualdad, la justicia y el trabajo como un ejercicio riguroso en el que prevalece el amor a la obra bien hecha. Libertad, creatividad, rigor, no en vano María Moliner fue alumna de la Institución Libre de Enseñanza.

² *Diccionario Everest de la lengua española*, editorial Everest, León, 1995, prólogo, pp. 5-6.

Cursó Licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad y no debe extrañarnos que no hubiera estudiado filología porque en los años veinte en la Universidad de Zaragoza en la sección de Letras sólo existía la rama de Historia. María Moliner necesitaba ganar dinero para ella y para su familia por eso realizó las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Se casó con el catedrático de Física, Fernando Ramón y Ferrando. Tuvieron cuatro hijos y ambos tenían un ideal librepensador y un compromiso con la España republicana. María Moliner colaboró con las Misiones Pedagógicas organizando bibliotecas rurales. Ella que amaba la vida de las palabras y las palabras en la vida le tocó vivir un largo tiempo de silencio. Acabada la Guerra Civil sufrió una rebaja de dieciocho puestos en el escalafón de su profesión. Ello no mermó su espíritu luchador, perseverante y tenaz de María Moliner.

En 1952 comenzó la ingente tarea de crear un diccionario de uso. Trabajó durante quince años en él hasta que vio la luz en 1967. Buscó satisfacer las necesidades de todos los usuarios incluyendo por primera vez a los aprendices no nativos. Parece ser que se inspiró en el *Learner's Dictionary*, con el cual aprendió el inglés. García Márquez con motivo de la muerte de Moliner publicó un artículo en el que recordaba que María Moliner dijo una vez que el suyo era un diccionario para escritores y asegura que lo dijo con razón ya que en el diccionario de la Real Academia veía las palabras eran admitidas cuando ya estaban a punto de morir, gastadas por el uso, y sus definiciones rígidas «parecían colgadas de un clavo. Fue contra ese criterio de embalsamadores que María Moliner se sentó a escribir su diccionario (...) María Moliner tenía un método infinito: pretendía agarrar al vuelo todas las palabras de la vida. «Sobre todo las que encuentro en los periódicos», dijo en una entrevista. «Porque allí viene el idioma vivo, el que se está usando, las palabras que tienen que inventarse al momento por necesidad».⁴

María Moliner examinó detenidamente todas las definiciones contenidas hasta entonces en el Diccionario de la Real Academia

⁴ Gabriel García Márquez: «La mujer que escribió un diccionario», *El País*, Opinión, 10 /02/ 1981.

de la Lengua... Del diccionario de la RAE no incluyó los términos lingüísticos que consideró en desuso, desechó el lenguaje retórico y academicista sustituyéndolo por uno sencillo y accesible a toda clase de lectores, y terminó con las tautologías, esas definiciones circulares en donde se explica el significado de algunas palabras con otras palabras, éstas con otras, y así sucesivamente. Se ocupó en dar definiciones claras, precisas, completas. Su trabajo exigente dio como resultado una escrupulosa jerarquización de los conceptos. En sus definiciones tuvo en cuenta los aspectos etimológicos, gramaticales, la sinonimia, la antonimia e ideas afines. Atendió a las variantes de uso e incluyó frases y refranes. Como ha señalado Manuel Seco con el diccionario de Moliner la consulta puede ser bidireccional, sirve para comprender o descifrar lo que se oye o lee es decir como los diccionarios habituales es un diccionario descodificador y a la vez sirve para cifrar o componer lo que se quiere expresar y en este sentido es un diccionario codificador.

La segunda edición del diccionario se publicó en 1998 y contenía 7.700 nuevas entradas y 25.000 acepciones nuevas. El único cambio estructural que se aplicó, autorizado previamente por su autora antes de morir, fue el de incorporar la ordenación alfabética de las palabras que, hasta entonces, estaban clasificadas por familias.

En esta tercera edición de 2007 se incorporaron unos 12.000 términos nuevos de un total de 94.000 entradas que reflejan el lenguaje actual utilizado en campos tan diferentes como el de la técnica, el ocio, la sexualidad, la política, la economía y el deporte. El equipo editorial que ha seguido fielmente a su creadora y como lo hubiera hecho ella además de actualizar los contenidos ha efectuado algunos cambios formales para facilitar la consulta. Está basada casi exclusivamente en la documentación directa de textos, proporcionada por los corpus textuales informatizados (CREA, CORDE, Corpus Gredos, Biblioteca Cervantes, etc.), tanto en la selección de las inclusiones como en la redacción de las definiciones. Entre las novedades que incorpora están la inclusión de nuevas entradas y acepciones, la actualización de bloques de sinónimos y «catálogos» (listas de expresiones de significado afín o relacionado), la revisión de los apéndices de nombres botánicos y zoológicos y de desarrollos gramaticales, la creación de dos nue-

vos apéndices: relación de topónimos, gentilicios, abreviaturas, símbolos de uso general, supresión de voces y acepciones antiguas y regionales no documentadas, cambios en la disposición de ciertos grupos de entradas: adverbios terminados en -mente de significado deducible, y abreviaturas y símbolos que en la segunda edición estaban incluidos como entrada en el cuerpo del diccionario, cambios tipográficos y otros cambios formales.

Hemos querido preguntarle al lexicógrafo, coordinador de esta tercera edición, Joaquín Dacosta, qué les diría a quienes opinan que hoy no es necesario comprar un diccionario como el de María Moliner porque todo está en Internet. Dacosta nos respondió que en efecto hay personas, muchas de ellas jóvenes, que piensan que el diccionario es un objeto del pasado. ¿Para qué invierten sus redactores miles de horas de trabajo y sus compradores un buen puñado de euros si todo está en Internet? «A veces se pierde la perspectiva –afirmó– La Red no es un organismo vivo que produce los contenidos por sí mismo. Alguien los pone ahí. Y éste el fondo de la cuestión. Iniciativas como la Wikipedia, por ejemplo, son admirables, pero sus entradas no están sujetas al control de calidad que garantiza la responsabilidad de un autor. De hecho, gran parte de los contenidos más fiables de la Red son versiones de lo ya existente en los soportes tradicionales. Sí, todo (o casi todo) está en Internet pero los diccionarios lo ordenan, separan el polvo de la paja y llevan de la mano al consultante para que satisfaga su curiosidad. Esa es la labor del editor de diccionarios».

De la misma opinión es Manuel Martos, director general de Gredos, que insiste en la necesidad de una labor pedagógica para el buen uso de Internet pero también aclara que Internet no puede sustituir a un diccionario. Además él es de los que ven en el diccionario no solo un instrumento de consulta sino también un libro de entretenimiento y es de los que elegirían un diccionario para llevarse a una isla desierta ©

